

Gaspar de Portolá en el descubrimiento y colonización de California

Por EDUARDO RODEJA

El día 10 de septiembre de mil novecientos cuarenta y cuatro falleció, en mi casa solariega de Vilanant, don Buenaventura de Portolá Rodeja, farmacéutico de Figueras y último descendiente, en el Ampurdán, de la familia Portolá.

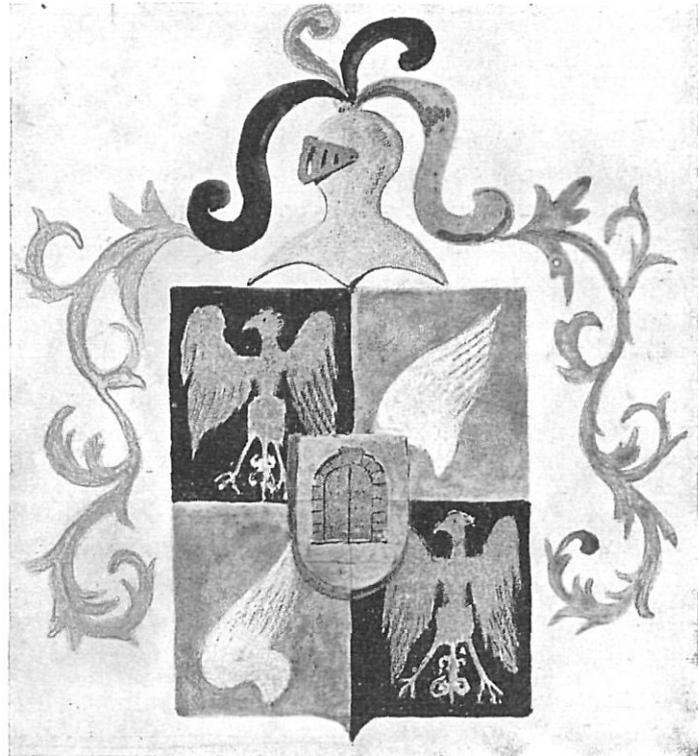
Era hijo de don Juan de Portolá y Alós, que ejerció su carrera de médico en Figueras durante más de cincuenta años, y nieto de don Buenaventura Portolá y de Requena, natural de Balaguer, nombrado por R. O. notario de Borrassá, cargo que entonces era de confianza del Rey, y que lo fue, seguramente, como consecuencia de pertenecer a la familia de don Gaspar, cuya gesta es objeto del presente artículo.

A siete generaciones anteriores del primer citado se encuentra don Francisco de Portolá y de Subirá, cuyos hijos, don Antonio, don Gaspar y don Francisco de Portolá y Rovira, son naturales de Balaguer, en cuya población la familia Portolá era muy conocida.

Debido a la generosidad de un amigo mío, don J. Camer Ribalta, ha llegado a mis manos un interesante diario de Gaspar de Portolá descubridor y primer Gobernador de California, del Gran Puerto de Monterrey y de la Bahía de San Francisco.

Hace doscientos años los territorios situados al noroeste de Méjico, entonces llamados de Nueva España, tenían al norte una gran extensión completamente desconocida, limitados al este por las grandes montañas de Sierra Madre y su continuación, Sierra Nevada, y comprendían la Península y el Golfo de California, conocidos, más tarde, por Baja y Alta California, hasta la Bahía de San Francisco.

El hoy emporio de tan grandes riquezas, sede de las principales industrias cinematográficas, con sus bellísimas playas, tal vez las de mayor renombre del mundo, cruzadas por todos los más modernos medios de comunicación y pobladas de lujosísimos palacios, eran completamente desconocidas, desiertas y sólo pobladas por aquellos indios salvajes, cuyas hazañas y maneras de vivir las vemos todavía en sus descendientes, en aquellas películas que no son más que una explotación de aquellos seres por las empresas cinematográficas.



Antes de la expedición mandada por Gaspar de Portolá, las cartas geográficas muy rudimentarias, de aquellas tierras, consideran una isla la Península de California y dejan sin consignar toda la costa oeste de los Estados Unidos al Norte de esta Península. La expedición de Portolá la descubre hasta la bahía de San Francisco. Siguiendo la costumbre establecida en nuestro país, entre los hijos de familias importantes, de los tres hijos de don Francisco de Portolá y de Subirá, el mayor, como «hereu» de la casa, se quedó en Balaguer al cuidado de su hacienda, el segundo, don Gaspar, nacido en 1723, siguió la carrera de las armas, y el tercero (aunque no lo he visto consignado en ningún sitio), basándome en esta dicha costumbre, seguramente sería eclesiástico.

El espíritu catalán, aventurero, con afanes de gloria y de riqueza, atraía a aquellas gentes hacia tierras de América, siendo un gran número los que legal o clandestinamente emigraban del país, incluso ocultando sus verdaderos nombres, y, como estaba prohibida la salida desde Barcelona, se enrolaban en «El Call dels Catalans», de Sevilla, y de ahí la falta de datos de muchos catalanes de aquella época que emigraron a América. Más tarde, estas expediciones se organizaron por el propio gobierno desde Barcelona y de una manera periódica en dos naves cada año: A partir del siglo XVIII se forman con carácter de militares voluntarios, mandados y enrolados como tales y los componentes escogidos por su Jefe, los cuales, una vez conquistados los terrenos que se proponían, fijaban sus residencias para cultivarlos y colonizarlos. La última de estas expediciones, de la que hay constancia en el Archivo de Indias, es la mandada por el Capitán de Dragones del Regimiento «España», don Gaspar de Portolá. Se trataba de una expedición compuesta esencialmente de catalanes, que llegó a tierras mejicanas el año 1767. Por ciertas circunstancias especiales e imprevistas, tan pronto hubo llegado la expedición a su destino, obligaron a Gaspar de Portolá a cambiar el plan que se había propuesto. Ello fue debido al Decreto publicado por el Rey Carlos III, ordenando la expulsión de los Jesuitas de España y de sus posesiones, y para la ejecución del cual fue nombrado Gobernador de la Baja California, cargo que nadie había ostentado hasta aquellas fechas y al que no se daba gran importancia por desconocer el gobierno español el valor que luego han demostrado tener aquéllas entonces desconocidas tierras de la Alta y Baja California, y a la ocupación de las cuales viose obligado además por tener que contrarrestar ciertas apetencias de Rusia que intentaba invadirlas y ocuparlas.

Mientras Gaspar de Portolá organizaba la ejecución de estas nuevas órdenes, llegó a aquellas tierras un grupo de trece Frailes Franciscanos, procedentes de Mallorca, presididos por Fray Junípero Serra, cuya Orden había sido encargada de sustituir a los Jesuitas, por lo que quedaron incorporados a la expedición mandada por Gaspar de Portolá, y serán los que, una vez llevada a cabo la ocupación militar en nombre del Rey de España, se encargarán de dirigir la colonización pacífica y su cristianización, con la orden, por lo expuesto anteriormente, de ocupar el famoso Puerto de Monterrey, cuyo emplazamiento era desconocido y del que solamente se tenía una vaga idea proporcionada por anteriores navegantes.

Muy pocos días después, don José de Gálvez, que ostentaba el cargo de Visitador de las Posesiones de Nueva España, ordenaba a Gaspar de Portolá la inmediata salida de la expedición hacia la Alta California. Las maniobras de los rusos y la posible ocupación de California tal vez por fuerzas salidas de las costas asiáticas, tenían preocupado al gobierno español.

Para reforzarla y tener mayores garantías de éxito, se les añade un cuerpo de treinta hombres de la Compañía Franca de Voluntarios Catalanes mandados por el teniente don Pedro Fages, que más tarde fué el sucesor de Portolá en el gobierno de ambas Californias y su segundo gobernador. Estos voluntarios catalanes habían formado parte de un batallón de Infantería Ligera que había salido del Puerto de Cádiz el día 27 de mayo de 1767. Don Carlos Fages de Climent me ha hablado muchas veces del teniente Pedro Fages, que sostiene que perteneció a su familia y del que tiene vagas referencias.

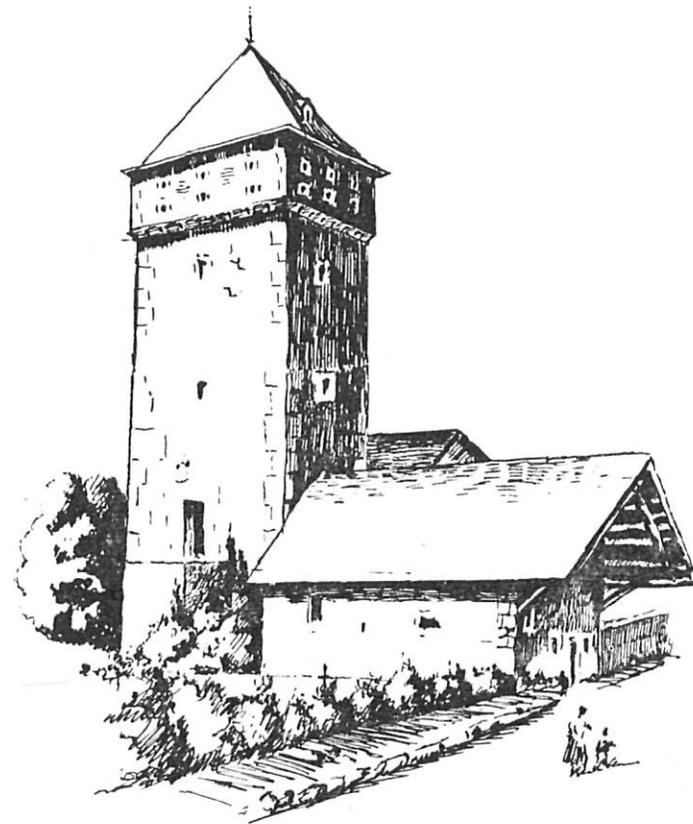
LA EXPEDICION

Sería muy difícil continuar este relato que resultaría muy sucinto si fuese integrado solamente por algunos datos familiares proporcionados por mi primo, don Buenaventura de Portolá (q. e. p. d.) si prescindiera de consignar con su magnífico lujo de detalles que de la misma nos proporciona, procedentes de archivos americanos, don J. Carner Ribalta en su libro «Els Catalans en la descoberta y colonització de Califòrnia». En él nos dice que la expedición salió dividida en cuatro secciones del puerto de la Paz, el más meridional de la Península de California. Dos de ellas debían salir por mar siguiendo las costas del Pacífico en dirección norte, y las otras dos, por tierra. Las cuatro tenían los objetivos señalados: San Diego, Monterrey y San Francisco como final de la expedición. La primera, en el bergantín «San Carlos», mandado por el mallorquín Vicente Vilas, solió el 9 de enero de 1769. La segunda, en el «San Antonio», que, por dificultades de aparejamiento, salió el 16 de junio, y en el «San José», que salió el 15 de febrero, ambos mandados por Juan Peres, también mallorquín. La tercera, por tierra, explorando la costa, iba mandada por Fernando Ribera. Era la vanguardia de la última mandada por Gaspar de Portolá, Jefe de todas las expediciones. A finales del mes de marzo, las

dos expediciones terrestres se encontraban al norte de la Baja California, y desde este momento empieza para los expedicionarios la serie de las grandes penalidades.

Fray Junípero Serra andaba con muchas dificultades, por tener una pierna casi inútil a consecuencia de una picada de mosquito, infectada desde su llegada a Méjico; había muchos enfermos de escorbuto, carestía de víveres, falta de agua al atravesar regiones desérticas y deserción de muchos indios, contratados para acompañarles. Y en cuanto a las caballerías traídas del sur, carecían muchas veces de los pastos y agua necesarios. El total de la expedición era de 219 hombres, 187 caballos o mulos y 200 cabezas de ganado. El «San José» debió perderse en el mar y no volvió a saberse nada de él, quedando perdida la tripulación, el buque y los víveres que llevaba.

En cuanto a los indios naturales del país se mostraron casi siempre pacíficos, se les contentaba fácilmente regalándoles pedazos de telas, y si alguna vez algún grupo se mostraba amenazador bastaba



Artias (Valle de Arán) Castillo de Portolá. (Dibujos del autor)

hacer algunos disparos al aire para que huyeran sin oponer ninguna resistencia. Era curioso, dice, ver cómo contemplaban aquellos hombres blancos y aquellos mulos y caballos que no habían visto nunca y que, más tarde, con la colonización, fueron sus descendientes los briosos caballos del «FarWest».

La primera de las cuatro expediciones que llegó a San Diego fue la del buque «San Antonio», el día 11 de marzo de 1769, con veinticuatro días de navegación. El 22 de abril llegó el

«San Carlos» con pérdidas en los depósitos de aguas e infectada la que repusieron en la isla de los Cedros, que contaminó a su vez a casi toda la tripulación. Sólo noventa hombres quedaban sanos y los jefes abrigaban muy pocas esperanzas de poder continuar el viaje por falta de marineros. Afortunadamente a las dos semanas (14 de mayo) apareció la primera expedición por tierra, y a los pocos días llegó el Jefe, con el resto de los hombres, aunque muy diezmados por las enfermedades, particularmente los indios. Al empezar la segunda etapa en dirección a Monterrey sólo contaban con 126 hombres útiles. Dejaron el «San Carlos» en San Diego, y el «San Antonio» debía retroceder en busca de víveres. Quedaron también en San Diego, al mando de Fray Junípero, otros misioneros y una protección de voluntarios con un total de 48 hombres. El resto debería seguir hacia Monterrey al mando de Portolá (14 julio 1769).

A los nueve días llegaron al famoso valle, hoy Misión de San Luis Rey, muy notable por la abundancia de sus flores. El 2 de agosto estaban en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Los Angeles. Los expedicionarios que han tenido que internarse para franquear escarpadas montañas, vuelven a la costa, y, por confundir el río Carmel con el Salinas, que desemboca en la Bahía de Monterrey, no aciertan a identificar este lugar, por el que pasan sin darse cuenta, y, a pesar de que el cansancio y la falta de víveres les tiene consternados, continúan alimentándose de bellotas, almejas y gaviotas, cuando las pueden cazar, y las enfermedades atacan la salud de los mismos jefes. Pero, a pesar de todo, con una energía y un tesón indomables, el 30 de octubre, casi sin sospecharlo, se encuentran frente a la famosa Bahía de San Francisco. En el mismo «Golden Gate» actual, entrada de la gran Rada, en donde dentro de casi doscientos años se habrá levantado la gran ciudad.

Portolá y los suyos han sido los primeros en ocupar uno de los lugares más importantes del mundo en nombre de España, pero su obsesión y la orden de ocupar Monterrey, les hará regresar nuevamente en dirección a San Diego; volverán a pasar por el lugar también sin darse cuenta y, desanimados, hambrientos y creyéndose fracasados, regresan considerando su empresa perdida y su sacrificio inútil.

En su lugar de partida está Fray Junípero Serra, el cual enterado del desánimo, ruega y espera el milagro con la llegada del esperado buque de los víveres con el que, en un último intento, encontrarán la codiciada Bahía de Monterrey. Ellos mismos no se explican como pasaron por aquellos lugares dos veces sin darse cuenta.

El 3 de junio de 1770 todos los expedicionarios reunidos asisten al acto oficial de ocupación de Monterrey y de la Alta California. Fray Junípero Serra lo hizo en nombre de Dios, los bendijo y cantó un «Te Deum» de acción de Gracias y Gaspar de Portolá lo hizo en nombre de España. Este fué el último acto de conquista en nombre de España en tierras de América.

Muy cerca de San Francisco existe un pueblo que lleva el nombre de Portolá. En Barcelona tiene una calle y en Artias (Valle de Arán) un castillo, actualmente en estado casi ruinoso.

A consecuencia de esta gesta quedan en tierras de California muchos nombres españoles de ciudades y lugares. La gran labor colonizadora de los Frailes misioneros les daban nombres de Santos, como San Francisco, San Luis, etc., y los que fundaban los seglares los llevaban comunes, como La Gaviota, Corral, Las Almejas, etc.

Gaspar de Portolá ejerció el cargo de Gobernador de California durante unos diez años, después de los cuales, reincorporado a España, fué nombrado Subteniente del Rey en la plaza de Lérida, cargo que conservó hasta su muerte. Murió soltero, y, en su testamento, legó toda su fortuna a varias instituciones benéficas, especialmente para la fundación del Hospicio de Lérida. Fué enterrado en la iglesia de San Pedro, en donde no ha podido localizarse su tumba debido, seguramente, a las muchas obras que se han practicado en dicha iglesia como consecuencia de las varias guerras pasadas.